

26 de julio de 2026 – 17.º Domingo del Tiempo Ordinario
1 Re 3,5.7-12; Mt 13,44-52

INTRODUCCIÓN

Un joven pasó toda una tarde construyendo un castillo de arena en la playa. Levantó torres, cavó fosos y lo protegió con orgullo de las olas. Cuando llegó la tarde, la marea comenzó a subir lentamente y terminó por borrar toda su obra. El muchacho empezó a llorar, pero su abuelo le tomó suavemente de la mano y le dijo: «Lo que desaparece nunca fue tu verdadero tesoro. El verdadero tesoro es aquello que permanece cuando todo lo demás pasa».

A medida que envejecemos, descubrimos poco a poco cuán verdaderas son esas palabras. Muchas cosas nos atraen, ocupan nuestro tiempo y nos prometen felicidad, pero gran parte de ellas desaparecen rápidamente. El éxito cambia, las posesiones envejecen e incluso nuestros planes pueden desvanecerse de la noche a la mañana. Sin embargo, debajo de todas las cosas pasajeras de la vida, Dios sigue poniendo ante nosotros algo duradero y

eterno.

Hoy Jesús nos habla de un tesoro escondido en un campo y de una perla de gran valor. Algunos descubren a Dios de manera inesperada; otros buscan durante años antes de reconocer aquello que su corazón anhelaba verdaderamente. Pero una vez encontrado el tesoro, todo lo demás ocupa su lugar adecuado. Cristo mismo se convierte en el centro, la alegría y el sentido de la vida. Sin embargo, también sabemos cuántas veces pasamos por alto ese tesoro escondido en los momentos ordinarios: en la oración, el perdón, la compasión, el sacrificio y la Eucaristía. Por eso, con corazón humilde, reconozcamos nuestros pecados y pidamos al Señor misericordia y sanación.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el tesoro escondido en los campos ordinarios de nuestra vida: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos llamas a ir más allá de las cosas pasajeras para buscar las riquezas que duran para siempre: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú llenas de alegría a todos los que descubren tu Reino y te siguen con todo el corazón: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que es el único tesoro duradero del corazón humano, nos perdone las veces en que hemos buscado la plenitud en cosas inferiores, sane nuestra ceguera ante su presencia en medio de nosotros y nos conduzca con renovada alegría a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Habiendo reconocido nuestra necesidad de la misericordia de Dios, demos ahora gloria al Padre que nos revela el verdadero tesoro de la vida, al Hijo que nos llama a la alegría del Reino y al Espíritu Santo que abre nuestros corazones a la sabiduría y a la fe.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de toda sabiduría y alegría duradera, que revelas el tesoro de tu Reino a quienes te buscan con corazón sincero.

Concédenos que, en medio de las cosas pasajeras de este mundo, reconozcamos a Cristo como la perla de gran valor y lo sigamos con amor indiviso y confianza gozosa. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

El tesoro escondido en el campo y la perla de gran valor Hace algunos años, un hombre en Inglaterra estaba trabajando en su jardín cuando su pala golpeó algo duro. Al principio pensó que era simplemente otra piedra. Pero al descubrirlo, encontró un antiguo anillo enterrado en la tierra. Más tarde, los expertos determinaron que era un

anillo medieval valorado en decenas de miles de dólares. Imaginen salir para realizar una tarea común y regresar a casa con un tesoro que jamás esperaban encontrar.

Esa historia refleja algo de la sorpresa y de la alegría que están en el corazón del Evangelio de hoy. Jesús nos dice: «El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra... Lleno de alegría, va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. También se parece el Reino de los cielos a un comerciante que busca perlas finas; al encontrar una de gran valor, fue, vendió todo lo que tenía y la compró».

Fijémonos en la diferencia entre los dos personajes de las parábolas. Uno no está buscando ningún tesoro. Lo encuentra inesperadamente. El otro pasa su vida buscándolo y finalmente encuentra aquello que anhelaba. Así suele actuar Dios en nuestra vida. Algunas veces lo descubrimos de manera inesperada y otras después de una larga búsqueda. A veces encontramos a Dios; otras veces descubrimos que ha sido Él quien nos ha encontrado primero.

Nathaniel Hawthorne escribió una vez: «La felicidad es una mariposa que, cuando la persigues, siempre parece estar fuera de tu alcance; pero si te sientas tranquilamente, puede posarse sobre ti». El tesoro del Reino de Dios muchas veces llega como esa mariposa. Se posa sobre nosotros cuando menos lo esperamos.

El Evangelio nos recuerda que el Reino de Dios no es solamente una realidad futura en el cielo. Ya está presente entre nosotros allí donde se cumple la voluntad de Dios, donde Cristo es amado y donde las personas permiten que su gracia transforme sus vidas.

La gran pregunta no es si el tesoro existe. La gran pregunta es si somos capaces de reconocerlo cuando nos encontramos con él.

A finales de los años sesenta, cuando yo era estudiante en Münster, se organizó una lotería callejera para recaudar fondos con fines benéficos. La lotería estaba siendo un fracaso. Casi nadie compraba boletos.

Un día, un compañero seminarista escuchó un anuncio por altavoz:

«La lotería cerrará esta noche. Quedan sin vender aproximadamente cinco mil boletos. El premio principal, un automóvil Opel Kadett nuevo, además de un televisor y muchos otros premios, todavía no han sido ganados».

De repente hizo un cálculo. Si todos los boletos restantes costaban cinco mil marcos y el premio principal seguía disponible, comprando todos los boletos ganaría todos los premios.

Corrió al banco, retiró todos sus ahorros, pidió dinero prestado a amigos del seminario y compró todos los boletos que quedaban.

Todos pensamos que estaba loco.

Pero no estaba loco.

Había comprendido el valor de lo que había descubierto.

Recibió el automóvil, el televisor y todos los demás premios.

Aquel joven estuvo dispuesto a arriesgarlo todo porque vio algo que los demás no veían.

Ese es precisamente el mensaje del Evangelio de hoy.

El hombre del campo y el comerciante de la perla no realizan sacrificios con tristeza. Actúan llenos de alegría porque han descubierto algo que vale infinitamente más que aquello a lo que renuncian.

La vida cristiana no consiste fundamentalmente en perder. Consiste en descubrir.

Jesús no nos pide que renunciemos a cosas menores simplemente por renunciar. Nos invita a dejarlas porque hemos encontrado algo mucho más grande.

He visto esto muchas veces.

Cuando era joven sacerdote conocí a un óptico muy talentoso. Acababa de aprobar con excelentes resultados el examen que lo acreditaba como maestro en su profesión. Su padre era dueño de una óptica próspera y él era hijo único. Tenía asegurado un futuro cómodo. Además, tenía una novia con la que pensaba casarse.

Entonces, un día anunció:

«Voy a entrar en un monasterio».

Su familia pensó que había perdido la razón.

¿Por qué abandonar la seguridad económica, una carrera prometedora y el matrimonio?

Una semana antes de ingresar en un monasterio trapense, alguien le preguntó qué lo había llevado a tomar una decisión semejante.

Explicó que con frecuencia participaba en la adoración eucarística. Una tarde abrió el Nuevo Testamento y sus ojos se posaron precisamente en el Evangelio de hoy: «El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en un campo...»

Entonces dijo algo inolvidable:

«En ese momento comprendí de repente que Jesús mismo es el tesoro».

Todo cambió.

Los demás veían lo que estaba dejando.

Él veía lo que había encontrado.

Muchos años después conocí a otra persona que había encontrado el tesoro de una manera muy distinta.

Estaba predicando un retiro para adolescentes en un

pequeño convento benedictino. Sinceramente, el retiro no iba muy bien. Los jóvenes parecían poco interesados.

Una religiosa anciana servía las comidas cada día.

Durante una de ellas, los jóvenes descubrieron que no había salido del convento en más de cuarenta años.

Quedaron asombrados.

Al principio, sus preguntas reflejaban todos los prejuicios imaginables:

«¿No se aburría?»

«¿No se sentía atrapada?»

«¿No siente que se perdió muchas cosas de la vida?»

Pero durante los días siguientes ocurrió algo extraordinario.

Los adolescentes descubrieron a una mujer llena de sabiduría, alegría, compasión y libertad. Escuchaba con atención. Se interesaba por sus problemas. Irradiaba paz.

Cuanto más hablaban con ella, más comprendían que poseía algo que muchas personas fuera del monasterio nunca llegan a encontrar.

La última noche leímos precisamente este Evangelio.

Después de un largo silencio, uno de los jóvenes dijo:

«Creo que la hermana encontró su tesoro».

Y así era.

El Reino de Dios no se mide por cuánto poseemos, sino por a quién poseemos.

Y algunas veces descubrimos ese tesoro en las personas más inesperadas.

La misma verdad apareció en la vida de otra mujer que conocí.

Ella deseaba tener hijos, pero no podía. El dolor era inmenso. Con el tiempo, la decepción amenazaba con convertirse en amargura.

Entonces un día quedó profundamente impactada por otra frase de Jesús:

«Todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más pequeños, por mí lo hicieron».

Esas palabras cambiaron su vida.

Comenzó a servir como voluntaria en una residencia para

ancianos. Cuidaba a los residentes mayores, los alimentaba, los aseaba, los consolaba y los acompañaba en la soledad y el sufrimiento.

Muchos amigos no podían comprender su dedicación.

Un día una amiga la observó trabajar y después le dijo:

«No haría lo que tú haces ni por un millón de dólares».

La mujer sonrió y respondió:

«Y tampoco podrían darme un millón de dólares para que dejara de hacerlo».

Había descubierto a Cristo escondido entre los ancianos y olvidados.

Había encontrado su tesoro.

El Evangelio de hoy también habla a quienes todavía están buscando.

El comerciante de la segunda parábola nos recuerda que todos llevamos dentro algo de buscadores. El ser humano es inquieto. Busca felicidad, sentido, verdad, amor, propósito y pertenencia.

San Agustín escribió aquella célebre frase:

«Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Muchas personas pasan años buscando. Algunos buscan a través de la carrera profesional. Otros a través de las relaciones, los viajes, los logros, las posesiones o las experiencias.

No hay nada malo en buscar.

El problema surge cuando dejamos de buscar demasiado pronto y nos conformamos con algo inferior a aquello que nuestro corazón realmente desea.

Cuando Jesús encontró por primera vez a dos discípulos en el Evangelio de san Juan, sus primeras palabras fueron una pregunta:

«¿Qué buscan?»

Esa sigue siendo su pregunta para cada uno de nosotros hoy. ¿Qué estamos buscando realmente?

¿Éxito? ¿Seguridad? ¿Reconocimiento? ¿Comodidad?

¿O estamos buscando la perla de gran valor, la vida que nace de la amistad con Cristo?

En la primera lectura de hoy, a Salomón se le ofrece todo lo que desee. No pide riquezas ni poder. Pide sabiduría. Pide la capacidad de reconocer lo que verdaderamente importa.

Quizá esa sea la oración más importante que podemos hacer:

«Señor, dame la sabiduría para reconocer tu tesoro cuando lo encuentre».

Porque el Reino de Dios suele aparecer escondido.

Está escondido en la oración.

Escondido en la Eucaristía.

Escondido en los actos ordinarios de amor.

Escondido en el perdón.

Escondido en el servicio.

Escondido en las comunidades donde se cumple la voluntad de Dios.

Escondido en las personas que irradian silenciosamente la presencia de Cristo.

Y escondido, a veces, en las cruces que llevamos.

Permítanme terminar con una última historia.

Una vez le preguntaron a un anciano cuál había sido el momento más feliz de su vida. Todos esperaban que mencionara el día de su boda, el nacimiento de sus hijos, un éxito profesional o alguna gran aventura.

Pero respondió: «El día más feliz de mi vida fue cuando comprendí que Dios me amaba exactamente como soy y que nunca dejaría de buscarme».

Ese hombre había descubierto lo mismo que encontró el trabajador en el campo y el comerciante en la perla.

Había descubierto el tesoro que no se marchita, el tesoro que nadie puede robar, el tesoro que permanece cuando todos los tesoros de este mundo desaparecen.

Hermanos y hermanas, algunos de nosotros podemos ser como el trabajador que encontró el tesoro de manera inesperada. Otros podemos parecernos al comerciante que ha estado buscando durante años.

Sea cual sea nuestro camino, el Evangelio de hoy nos asegura que el tesoro es real.

Y ese tesoro, en último término, no es una cosa.

Es Jesucristo mismo.

Y cuando lo descubrimos, comprendemos que nada de lo que entregamos por Él puede compararse con lo que recibimos.

Porque el Reino de los cielos es verdaderamente como un tesoro escondido en un campo y como una perla de gran valor. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos a innumerables creyentes que han descubierto en Cristo el verdadero tesoro de la vida, profesemos ahora con confianza y alegría la fe de la Iglesia.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Así como los hombres del Evangelio de hoy entregaron todo por el tesoro que habían encontrado, también nosotros presentamos ahora ante Dios estos dones de pan y vino, junto con nuestro trabajo, nuestras esperanzas, nuestras luchas y nuestro deseo de buscar primero el Reino de Dios.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que presentamos ante ti
como signo de corazones que buscan lo que
verdaderamente permanece.

Que este sacrificio acreciente en nosotros
la sabiduría de Salomón,
la alegría del tesoro del Evangelio
y la gracia de poner a Cristo por encima de todo.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu amor nunca dejas de buscar el corazón
humano,
y en cada época revelas el tesoro escondido de tu Reino.

Por medio de la sabiduría concedida a Salomón,
nos enseñas que ningún éxito terrenal puede satisfacer el
alma lejos de ti.

Por medio de tu Hijo Jesucristo,
nos muestras la perla de valor incomparable,
aquel en quien todo anhelo encuentra plenitud.

En Él los pobres descubren riquezas que no se marchitan,
los que buscan encuentran la verdad,
los cansados encuentran la paz,
y todos los que lo siguen reciben la alegría que el mundo
no puede dar.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque Dios nos ha dado el mayor tesoro en su Hijo, y porque estamos llamados a buscar primero su Reino por encima de todo, oremos ahora con confianza usando las palabras que Jesús mismo nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y libera nuestros corazones de los falsos tesoros que no pueden satisfacer.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
busquemos siempre lo que es eterno
y nos alegremos en las riquezas de tu Reino,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles:

«La paz les dejo, mi paz les doy».

No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, que continúa buscando el tesoro de tu presencia en este mundo,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Dichosos los que reconocen en Cristo el tesoro escondido
y el pan de la vida eterna.

Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Un viajero que buscaba agua en el desierto descubrió una fuente escondida bajo una tierra aparentemente seca. Lo que parecía estéril se convirtió de repente en una fuente de vida. De igual modo, en la Sagrada Comunión, Cristo nos alimenta silenciosamente bajo los sencillos signos del

pan y del vino.

El Reino de Dios suele venir escondido en las cosas ordinarias. Sin embargo, quienes reciben a Cristo con fe descubren una alegría más profunda que el éxito, la riqueza o los logros humanos. Hoy dejamos este altar recordando que el verdadero tesoro de la vida no es algo que poseemos, sino Alguien que posee nuestro corazón.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro,
por esta santa Eucaristía
nos has alimentado con el tesoro del cielo.
Fortalece en nosotros el deseo de buscar tu Reino por encima de todo,
para que, transformados por la presencia de Cristo,
demos testimonio con alegría de las riquezas de tu amor en medio del mundo.
Por Cristo nuestro Señor.
Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga con corazones suficientemente sabios para reconocer el tesoro de su Reino. Amén.

Que los libere de todo aquello que les impide buscar lo que verdaderamente importa. Amén.

Que los llene de la alegría de quienes han descubierto a Cristo como la perla de gran valor. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al buscar su Reino en los momentos ordinarios de la vida cotidiana.

Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La mayor tragedia no es perderlo todo; la mayor tragedia es estar de pie sobre el tesoro de la presencia de Dios y nunca llegar a reconocerlo.»

27 de julio de 2026 – Lunes, 17.^a Semana del Tiempo

Ordinario: *Jer 13,1-11; Mt 13,31-35*

INTRODUCCIÓN

Una maestra pidió una vez a sus alumnos que escribieran quién era la persona más importante en sus vidas y explicaran por qué. Un niño escribió solamente unas pocas palabras sobre su abuela: «Ella nunca hizo cosas grandes. Pero siempre se fijó en mí». Años después, aquella misma maestra se encontró con ese joven, ya convertido en médico, quien le dijo: «Llegué a ser quien soy porque alguien creyó que las cosas pequeñas eran importantes».

Con frecuencia subestimamos la influencia silenciosa de aquello que parece insignificante. En un mundo que valora lo ruidoso, lo grande y lo inmediatamente visible, es fácil pasar por alto las formas lentas y ocultas en que crece el bien.

Sin embargo, muchas de las realidades más duraderas de la vida —la confianza, el amor, la fe y la esperanza— no llegan con espectáculo. Comienzan discretamente, casi de

manera imperceptible, y solo más tarde descubrimos su profundidad y alcance.

El Evangelio de hoy nos recuerda que el Reino de Dios suele crecer de maneras ocultas, por medio de pequeños actos de fidelidad y amor. Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos aquellos momentos en que hemos perdido la paciencia con los tiempos de Dios, hemos dudado del valor de las pequeñas obras de bondad o no hemos confiado en su silenciosa acción dentro de nosotros y a nuestro alrededor.

Recordemos ahora nuestros pecados...

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú eres la semilla de mostaza sembrada en el mundo, que crece hasta convertirse en refugio y esperanza para todos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú eres la levadura del Reino de Dios, que transforma silenciosamente los corazones con tu gracia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos llamas a confiar en el poder oculto de la fidelidad y del amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que hace crecer pacientemente su Reino mediante la acción oculta de la gracia, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe en su poder silencioso y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre celestial, Tú revelas la grandeza de tu Reino a través de los comienzos más pequeños y realizas maravillas por medio de caminos humildes y ocultos.

Enséñanos a confiar en la acción silenciosa de tu gracia, a permanecer fieles en los pequeños actos de amor y a perseverar con esperanza cuando todavía no vemos los frutos de nuestro trabajo.

Haz que nuestras vidas sean como buena semilla sembrada en el mundo, que dé fruto para tu Reino y ofrezca refugio a los demás. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una joven recibió una vez de su abuelo una pequeña planta de jazmín. Al verla, se sintió decepcionada, pues esperaba un regalo más llamativo. «¿Qué puede hacer una planta tan pequeña?», preguntó. Su abuelo le respondió simplemente: «Cuídala con paciencia». Pasaron los meses y aquella pequeña planta creció, llenando el jardín de flores fragantes. Los vecinos se detenían para admirarla y muchos encontraban alegría en su belleza. La joven aprendió una valiosa lección: las cosas más hermosas suelen comenzar de manera sencilla y humilde. Esa es precisamente la enseñanza que encontramos en el Evangelio de hoy. Jesús nos habla de una diminuta semilla de mostaza y de una pequeña cantidad de levadura. Ambas parecen insignificantes, pero producen resultados mucho mayores de lo que cualquiera podría imaginar. A través de estas imágenes, Jesús nos revela cómo actúa el Reino de Dios. Su propio ministerio parecía pequeño y poco notable: un maestro en una región apartada del Imperio Romano reuniendo a un reducido

grupo de discípulos. Sin embargo, aquellos humildes comienzos transformarían el mundo.

Estas parábolas también estaban destinadas a animar a los discípulos. Muchos esperaban que el Reino de Dios llegara con una manifestación espectacular de poder, pero en cambio veían crecer la oposición contra Jesús y observaban solo signos modestos de éxito. Jesús les asegura que la obra de Dios ya está en marcha. La semilla ha sido sembrada y su crecimiento es seguro. La levadura ha sido mezclada con la masa y su fuerza transformadora no puede ser detenida. También hoy necesitamos este mismo aliento. Podemos desanimarnos ante los desafíos que enfrenta la Iglesia, nuestra sociedad, nuestras familias o incluso nuestra propia vida espiritual. Podemos preguntarnos si nuestros esfuerzos realmente tienen importancia. Sin embargo, el Evangelio nos recuerda que Dios suele actuar de manera silenciosa e invisible antes de que sus obras se hagan evidentes. Como dice san Pablo, el poder de Dios que actúa en nosotros puede realizar mucho más de lo que pedimos o imaginamos.

Podemos subestimar fácilmente el valor del pequeño bien que hacemos. A veces nos preguntamos: «¿Qué diferencia he logrado realmente?». Sin embargo, muchas de las influencias más grandes en nuestra vida llegaron a través de actos simples y ordinarios: una palabra de aliento de un maestro, los sacrificios diarios de unos padres, la bondad de un amigo, una oración ofrecida con fe o una pequeña obra de caridad realizada sin buscar reconocimiento. San John Henry Newman escribió: «Dios me ha creado para prestarle un servicio determinado. Me ha confiado una tarea que no ha confiado a otro». Jesús toma deliberadamente sus ejemplos de la experiencia de un agricultor y de una mujer que amasa pan, recordándonos que cada persona tiene un lugar en el plan de Dios. El más pequeño gesto de amor, perdón, generosidad o fe puede convertirse en un canal a través del cual Dios bendiga a muchos otros. Nosotros sembramos la semilla; Dios da el crecimiento. Nosotros mezclamos la levadura; Dios realiza la transformación. Se cuenta la historia de una anciana que durante muchos

años encendía una pequeña vela en una capilla casi olvidada de su pueblo. Muy pocas personas se daban cuenta de ello y ella nunca buscó llamar la atención. Después de su muerte, muchos habitantes descubrieron que numerosas personas habían encontrado consuelo al entrar en aquella capilla iluminada por esa sencilla luz. Algunos recuperaron la esperanza en medio de sus sufrimientos; otros volvieron a la práctica de la fe. La anciana nunca supo cuánto bien había producido aquel humilde gesto de devoción. Su vida fue como la semilla de mostaza y la levadura del Evangelio de hoy: pequeña en apariencia, pero poderosa en sus efectos. El Señor nos pide solamente que seamos fieles en las pequeñas oportunidades que pone delante de nosotros cada día. Si le ofrecemos nuestro humilde servicio y nuestros actos de amor, Él puede realizar por medio de ellos mucho más de lo que jamás podríamos imaginar, convirtiendo nuestros pequeños comienzos en bendición para muchos.

Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos humildes dones, como la semilla de mostaza y la levadura del Evangelio de hoy, lleguen a ser signos de la gracia transformadora de Dios y sean agradables a Dios Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios nuestro, recibe estas ofrendas que colocamos sobre tu altar.

Así como las pequeñas semillas se convierten en abundantes cosechas por tu bendición, así también estos sencillos dones se conviertan para nosotros en el Pan de Vida y el Cáliz de la Salvación.

Transforma nuestros corazones mediante este sacrificio, para que lleguemos a ser instrumentos de tu Reino silencioso y dador de vida.

Por Cristo nuestro Señor.

Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque revelas tu grandeza a través de lo pequeño y lo oculto. En tu Hijo, Jesucristo, sembraste en el mundo la semilla de tu Reino, un Reino que crece silenciosamente por medio de la misericordia, la fe y el amor.

Sigues actuando en los corazones humanos, transformando las vidas no por la fuerza ni por el espectáculo, sino mediante el suave poder de la gracia.

Incluso cuando no vemos la plenitud de tu obra, Tú permaneces fiel, guiando a tu pueblo hacia la cosecha de la vida eterna.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en que nuestro Padre celestial está actuando incluso en los lugares ocultos e inacabados de nuestra vida, oremos con confianza las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y líbranos también del desaliento que nos impide reconocer tu acción silenciosa entre nosotros.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, permanezcamos fieles en los pequeños actos de amor y firmes en la esperanza, mientras aguardamos la feliz esperanza y la venida de nuestro Salvador Jesucristo. Tuyo es el Reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú nos enseñaste que el Reino de Dios crece silenciosamente en los corazones abiertos a tu gracia. No tengas en cuenta nuestra impaciencia, nuestros temores o nuestra falta de confianza, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que viene a nuestras vidas de manera silenciosa pero poderosa, alimentando el crecimiento oculto de la gracia dentro de nosotros.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Reino de Dios rara vez llega con ruido o espectáculo. Crece silenciosamente, como una semilla bajo la tierra o como la levadura en la masa. En esta Eucaristía, Cristo ha entrado una vez más en los lugares ocultos de nuestro corazón.

Lo que hoy puede parecer pequeño —una oración, un acto de bondad, una fidelidad silenciosa— puede convertirse en el inicio de una transformación más grande de lo que podemos imaginar. Dios sigue actuando, incluso allí donde todavía no vemos los resultados.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro,
por medio de este santo sacramento
nos has alimentado con la vida de tu Hijo.

Fortalece en nosotros la semilla de tu Reino,
para que perseveremos en la fe, crezcamos en la caridad
y seamos signos de esperanza en un mundo que anhela
tu presencia.

Que la gracia que hemos recibido continúe su silenciosa
obra en nosotros
hasta que todas las cosas alcancen su plenitud en Cristo.
Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los fortalezca
para confiar en su obra oculta dentro de sus vidas.
Que les ayude a no subestimar jamás
el poder de los pequeños actos de fe, esperanza y amor.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, y, mediante su fidelidad silenciosa,
sean signos del Reino de Dios que sigue creciendo en el
mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«El Reino de Dios suele comenzar de maneras demasiado
pequeñas para que las notemos; pero nada de lo que se
ofrece a Dios con fe y amor es jamás insignificante.»

28 de julio de 2026 – Martes de la 17.^a Semana del
Tiempo Ordinario

Jer 14,17-22; Mt 13,36-43

INTRODUCCIÓN

Hermanos y hermanas, hay momentos en los que nos
impacientamos con las personas, con el mundo e incluso
con nosotros mismos. Deseamos soluciones rápidas,
cambios inmediatos y juicios apresurados. Sin embargo, la
vida con frecuencia se desarrolla lentamente, como un
campo que crece en silencio hasta el tiempo de la
cosecha.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos recuerda que el bien y
el mal crecen juntos en el campo del mundo. Dios no
abandona el campo porque aparezca la cizaña. Al
contrario, continúa sembrando bondad, misericordia y
esperanza con paciencia y compasión.

El Señor ve más allá de las apariencias. Donde nosotros
vemos fracaso, Él ve la posibilidad de crecimiento. Donde
nosotros vemos debilidad, Él ve corazones todavía
capaces de convertirse. Dios es “compasivo y

misericordioso, lento a la ira y rico en amor y fidelidad”.

Al comenzar esta Eucaristía, pidamos perdón por las veces en que hemos juzgado con dureza, hemos perdido la esperanza en los demás o no hemos permitido que la buena semilla del Señor crezca dentro de nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú siembras la buena semilla de tu Palabra en cada corazón humano: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú eres paciente con nuestra debilidad y rico en compasión: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas a confiar en tu victoria definitiva sobre el mal: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios de la ternura y de la compasión perdone nuestra impaciencia, sane la dureza de nuestros corazones y fortalezca en nosotros la buena semilla de la fe, la esperanza y el amor; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre misericordioso y paciente,
que nunca dejas de sembrar la semilla de tu Reino en el campo de nuestra vida,
enséñanos a confiar en tu sabiduría,
a abstenernos de juzgar con dureza
y a perseverar en la bondad y en la esperanza hasta el día en que tu cosecha llegue a plenitud.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un agricultor le dijo una vez a su nieto que nunca se apresurara a recorrer el campo después de las primeras lluvias. El muchacho quería arrancar de inmediato toda la mala hierba que veía, pero su abuelo lo detuvo y le dijo: “Espera. Si arrancas demasiado pronto, podrías dañar también las plantas buenas que apenas están creciendo”.

Al principio, el joven pensó que era fácil distinguir unas de otras. Sin embargo, con el paso del tiempo aprendió que se necesitaban paciencia y sabiduría para cuidar el campo hasta la cosecha.

Jesús utiliza una imagen semejante en el Evangelio de hoy. El Hijo del Hombre siembra buena semilla en el campo del mundo, pero también aparece la cizaña. Jesús habla con sinceridad sobre la vida: el bien y el mal existen uno al lado del otro, en la sociedad, en la Iglesia e incluso dentro de nuestro propio corazón. Lo sabemos por experiencia. Junto a la bondad puede haber crueldad; junto a la verdad, engaño; junto a la fe, duda. El campo de la vida humana nunca está completamente limpio.

La tentación es juzgar rápidamente. Con facilidad dividimos a las personas entre buenas y malas. Sin embargo, Jesús nos advierte contra esta actitud cuando dice: “Dejen que crezcan juntos hasta la cosecha”. El juicio humano suele ser incompleto y severo. Lo que hoy parece perdido todavía puede ser transformado por la gracia mañana. Por eso la primera lectura nos ofrece esa

hermosa descripción de Dios: “El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en amor y fidelidad”. La paciencia de Dios concede a las personas la oportunidad de cambiar.

Jesús mismo vivió esta paciencia. No rechazó a los pecadores, sino que los llamó a una vida nueva. Vio más allá de la debilidad de Pedro, más allá de la codicia de Zaqueo, más allá del pasado de la mujer samaritana. Dondequiera que iba, sembraba semillas de misericordia, sanación y esperanza. También nos pide a nosotros que hagamos lo mismo: no sembrar amargura ni condenación, sino bondad en un mundo herido.

El Evangelio también nos recuerda que el mal no tendrá la última palabra. Habrá una cosecha y llegará la justicia de Dios. La cizaña no ahogará para siempre al trigo. Incluso cuando el mundo parece estar envuelto en la oscuridad, Jesús nos asegura que “los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre”. Nuestra tarea no es perder la esperanza, sino permanecer fieles y permitir que la buena semilla del Señor crezca dentro de nosotros.

Años después, aquel nieto contemplaba el campo en tiempo de cosecha y comprendió finalmente la sabiduría de su abuelo. La paciencia que antes le parecía molesta había protegido las plantas buenas hasta que estuvieron listas para dar fruto. Mirando el campo dorado, comprendió que Dios actúa con nosotros de una manera muy semejante: con paciencia, misericordia y esperanza. Donde nosotros con frecuencia vemos solamente cizaña, Dios sigue viendo la posibilidad de una abundante cosecha.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, signos de la cosecha de la tierra y del trabajo de las manos humanas, sean agradables a Dios Padre, que con paciencia hace crecer en nosotros la buena semilla de su Reino.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas que colocamos sobre tu altar y, por medio de este sagrado misterio, continúa fortaleciendo en nosotros

las semillas de la fe, de la misericordia y de la perseverancia.

Que produzcamos abundantes frutos para tu Reino mientras esperamos la plenitud de tu cosecha.

Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno.
Porque con paciencia y compasión
conduces el campo de este mundo
hacia su verdadera cosecha.

No abandonas a tu pueblo en su debilidad,
sino que constantemente siembras en nosotros
la semilla de tu gracia y de tu verdad.

En tu Hijo, Jesucristo,
has revelado una misericordia más fuerte que el pecado,
una esperanza más grande que la desesperación
y un amor que continúa llamando a los pecadores a una
vida nueva.

Por Él nos aseguras
que la bondad triunfará finalmente
y que los fieles brillarán para siempre en tu Reino.
Por eso, con los ángeles y los arcángeles,
con los tronos y dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir:
Padre nuestro, que cuidas con paciencia de tus hijos y los
conduces hacia la cosecha de la vida eterna.

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males, de la impaciencia
que juzga con dureza, del desaliento que pierde la
esperanza, y de la amargura que impide que crezca en
nosotros la buena semilla de tu Reino.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú nos enseñaste la paciencia, la misericordia
y la confianza en la sabiduría del Padre.
No tengas en cuenta nuestros pecados
ni nuestros juicios severos, sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que continúa sembrando en nosotros
la buena semilla de la misericordia y de la esperanza.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor es paciente con nosotros.
No abandona el campo de nuestra vida a causa de
nuestras debilidades o fracasos.
Alimentados por esta Eucaristía, que lleguemos a ser
tierra buena donde la Palabra de Cristo produzca frutos
duraderos, y que aprendamos a mirar a los demás con la
misma misericordia que Dios nos muestra a nosotros.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, por este santo sacramento nos has
alimentado con el Pan de Vida. Ayúdanos a crecer en
paciencia, compasión y fidelidad, para que la semilla de tu
Reino sembrada en nosotros produzca fruto para la vida
del mundo. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que cuida con paciencia el campo de su
Reino, fortalezca la buena semilla que ha sembrado en
ustedes. Amén.
Que les enseñe a ser ricos en misericordia,
lentos para juzgar y firmes en la esperanza. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y
permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al sembrar en el
mundo semillas de bondad, misericordia y esperanza.
Demos gracias a Dios.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Donde nosotros con frecuencia vemos solamente cizaña,
Dios sigue viendo la posibilidad de una abundante
cosecha.

**29 de julio de 2026 – Miércoles de la 17.ª Semana del
Tiempo Ordinario - Santos Marta, María y Lázaro**
1 Jn 4,7-16; Jn 11,19-27 (o Lc 10,38-42)

INTRODUCCIÓN

Una maestra observó una vez a una anciana que entraba en la capilla cada tarde después del horario de visitas en una residencia para mayores. Nunca permanecía mucho tiempo. Se sentaba en silencio durante unos minutos, encendía una vela y se marchaba. Una tarde, la maestra le preguntó con amabilidad: —¿Viene siempre a rezar por alguien?

La mujer sonrió y respondió: —Sí... por mi esposo. Algunos días me recuerda y otros no. Pero vengo porque el amor debe seguir haciéndose presente, incluso cuando las palabras ya no alcanzan.

Hay momentos en la vida en los que descubrimos que el amor no se mide por las soluciones ni por las explicaciones, sino por la presencia. Permanecer cerca de alguien en la debilidad, en la tristeza, en la confusión o en el silencio ya es un poderoso acto de fe. El amor permanece, aun cuando la comprensión no puede hacerlo.

Hoy celebramos a los santos Marta, María y Lázaro, una familia cuyo hogar se convirtió en un lugar de amistad con Jesús. En sus alegrías, sus dolores, su servicio, su espera y su fe reconocemos nuestra propia vida. Marta expresa su confianza herida, María escucha a los pies del Señor y Lázaro se convierte en un signo de que el amor de Cristo es más fuerte incluso que la muerte.

Al reunirnos alrededor de este altar, reconozcamos las veces en que hemos permitido que la ansiedad venciera nuestra confianza, las veces en que hemos dudado de la presencia del Señor en el sufrimiento y las veces en que hemos estado demasiado inquietos para escuchar su voz. Pidamos a Dios su misericordia y abramos nuestro corazón a su amor sanador.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, que entraste en el hogar de Marta, María y Lázaro con compasión y amistad: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que nos llamas a confiar incluso cuando nos encontramos ante el dolor y las preguntas sin respuesta: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que eres la resurrección y la vida, y nos conduces del temor a la esperanza: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios que permanece cerca de nosotros en toda tristeza e incertidumbre fortalezca nuestra fe, serene nuestros corazones inquietos, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios de la vida y del amor fiel, en el hogar de Marta, María y Lázaro tu Hijo manifestó una amistad más fuerte que el miedo, una presencia más profunda que el dolor y una promesa más poderosa que la misma muerte.

Enséñanos a servirte con un corazón generoso,
a escuchar tu palabra con serena confianza
y a creer en tu amor
incluso cuando la vida permanece llena de interrogantes.
Concédenos esto por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un marinero se encontró una vez atrapado en una tormenta repentina frente a una costa rocosa. La noche era tan oscura que el mar y el cielo parecían fundirse en uno solo. Durante horas navegó sin rumbo, aferrado apenas a la frágil esperanza de que, más allá de aquella oscuridad, todavía pudiera existir tierra firme.

Entonces, a lo lejos, apareció el destello de un faro. No era una luz intensa al principio; apenas un resplandor débil e intermitente. Pero era suficiente. Fijó su mirada en aquella luz y dirigió la embarcación hacia ella. Más tarde diría: —Al principio no veía la costa. Lo único que veía era que no estaba perdida para mí.

El hilo conductor de la Palabra de Dios que escuchamos hoy es sencillo, pero exigente: el amor de Dios manifestado en Cristo es más fuerte que la ausencia, más fuerte incluso que la muerte.

San Juan lo dice con toda claridad: Dios es amor. No solamente que Dios ama, sino que Dios es amor, revelado en Jesucristo, quien entabla amistad con Marta, María y

Lázaro, una familia que conoce, ama y visita.

Sin embargo, el amor no elimina el dolor. Las palabras de Marta contienen al mismo tiempo fe y sufrimiento:

—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Es el clamor de todo creyente que alguna vez se ha enfrentado a una pérdida y ha experimentado el silencio de Dios como una aparente ausencia. Su confianza está herida, pero no destruida.

Jesús no la reprende. Más bien la conduce a una fe más profunda: —Yo soy la resurrección y la vida.

La respuesta a la muerte no es una explicación, sino una presencia. Entonces llega la pregunta que atraviesa el corazón: —¿Crees esto?

Y Marta, de pie al borde de su dolor, pronuncia una de las grandes confesiones de fe de la Iglesia: —Sí, Señor, yo creo...

Incluso antes de que Lázaro salga del sepulcro, algo más profundo ya ha comenzado: una comunión con Cristo que

la muerte no puede destruir. Esta es la verdad que sostiene silenciosamente cada funeral cristiano, cada vela encendida en medio del duelo y cada oración susurrada entre lágrimas.

En otra escena, María está sentada a los pies del Señor escuchándolo, mientras Marta está “preocupada y agitada por muchas cosas”. Jesús no rechaza el servicio de Marta, sino que revela con delicadeza la inquietud de su corazón. El amor necesita tanto la acción como la contemplación, pero sin una escucha profunda y arraigada, el servicio puede convertirse en ansiedad.

Muchos de nosotros reconocemos a ambas hermanas dentro de nosotros mismos: la que sirve y la que escucha, la que cree y la que todavía pregunta por qué. La fe no elimina esa tensión; la presenta ante el Señor.

Incluso las devociones sencillas, como encender una vela y rezar por las intenciones de la familia, expresan esta misma verdad: un amor que se niega a soltar la mano de Dios aun cuando ya no comprende. Es el corazón humano diciendo, a su manera, que la presencia sigue siendo más

importante que las respuestas.

Y así la pregunta vuelve a resonar suavemente:

—¿Crees esto?

No como una idea abstracta, sino como una confianza vivida en medio de todo aquello que permanece sin resolver.

Estamos junto a Marta ante el misterio de la muerte y somos invitados a hacer nuestra su profesión de fe:

—Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

Una anciana visitaba cada mañana el cementerio donde estaba enterrada su hija. Llevaba siempre unas flores frescas y permanecía unos minutos en silencio rezando.

Un día, alguien le preguntó por qué seguía viniendo después de tantos años.

Ella respondió:

—Porque el amor no termina cuando una persona deja de estar a nuestro lado. Cada vez que vengo, recuerdo que Dios es fiel a sus promesas y que un día volveremos a encontrarnos.

En aquellas sencillas palabras había algo de la fe de Marta, algo de la escucha confiada de María y algo de la promesa de Cristo: —Yo soy la resurrección y la vida.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar, presentemos también ante el Señor nuestras preocupaciones, nuestros dolores, nuestras esperanzas y nuestra confianza, seguros de que Cristo permanece presente entre quienes lo buscan con fe.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones ofrecidos en memoria de los santos Marta, María y Lázaro.

Así como tu Hijo fue acogido en su hogar con amistad y fe, que también encuentre morada en nuestros corazones.

Por medio de este sacrificio fortalécenos para confiar en tu presencia en los momentos de tristeza, para escuchar atentamente tu palabra y para servirnos mutuamente con amor.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en el hogar de Marta, María y Lázaro
tu Hijo reveló la ternura de la amistad divina.
Acogió la fe de Marta,
recibió el corazón atento de María
y lloró ante la tumba de Lázaro,
mostrando que ningún sufrimiento humano es ajeno a tu
compasión.
En Cristo nos enseñas
que tu amor no nos abandona en el dolor
y que la muerte no tiene la última palabra.
Porque tu Hijo es la resurrección y la vida,
la luz que ninguna oscuridad puede vencer.
Por eso, con los ángeles y los santos,

con Marta, María y Lázaro,
y con todos los que ponen en ti su esperanza,
proclamamos tu gloria cantando:
Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, nos atrevemos a decir como hijos que
confían en que el amor del Padre permanece con nosotros
incluso en medio del dolor, la incertidumbre y la muerte:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, en medio de las inquietudes e incertidumbres de
la vida, permanezcamos firmes en la fe,
confiando en que tu Hijo es la resurrección y la vida.
Ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres de
pecado y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que en el hogar de Marta, María y Lázaro
llevaste paz a los corazones cargados de dolor y temor,
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, conforme a tu voluntad,
la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
el que permanece a nuestro lado en el dolor,
el que nos llama de las tinieblas a la vida
y nos asegura que el amor es más fuerte que la muerte.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

«¿Crees esto?»

La pregunta que Jesús dirigió a Marta sigue resonando suavemente ante cada uno de nosotros. La fe no es la ausencia del dolor ni de la incertidumbre. Es la valentía de seguir volviéndonos hacia Cristo incluso cuando el camino por delante no está claro.

Hoy hemos recibido al Señor que permaneció junto a Marta y María, que lloró ante la tumba de Lázaro y que se reveló como la resurrección y la vida. Que su presencia se convierta en la luz constante que protegemos dentro de nuestro corazón, especialmente cuando los vientos del miedo o de la tristeza soplan a nuestro alrededor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Dios nuestro, por este santo sacramento nos has alimentado con la presencia de tu Hijo, que es la resurrección y la vida.

Que el ejemplo de los santos Marta, María y Lázaro nos enseñe a acoger a Cristo con fe,

a escucharlo con un corazón atento

y a permanecer firmes en el amor en medio de toda prueba.

Concede que, fortalecidos por esta Eucaristía, nos convirtamos en signos de esperanza y consuelo para los demás. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesucristo,
que llamó a Lázaro fuera del sepulcro,
fortalezca su fe en el poder de su amor que da vida.
Que les conceda la paz del corazón atento de María
y la valentía fiel de la confesión de fe de Marta.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de presencia fiel, de corazón confiado y de un amor que no deja que la luz se apague.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La fe no consiste siempre en ver claramente la orilla; a veces consiste simplemente en negarse a dejar que la luz se apague, confiando en que Cristo, la resurrección y la vida, permanece todavía cerca.

**30 de julio de 2026 – Jueves de la 17.ª Semana del
Tiempo Ordinario**

Jer 18,1-6; Mt 13,47-53

INTRODUCCIÓN

Un relojero jubilado contaba que un día un cliente le llevó un antiguo reloj de bolsillo que había dejado de funcionar. Impaciente y frustrado, el dueño declaró que ya no servía para nada y preguntó si no sería mejor tirarlo. El relojero lo abrió cuidadosamente, examinó los pequeños engranajes y sonrió. “No está arruinado”, dijo. “Solo necesita tiempo, paciencia y las manos adecuadas”.

¡Cuántas veces olvidamos esta verdad acerca de las personas! Vemos debilidad, fracaso, incoherencia o pecado, y concluimos rápidamente que ya no puede salir nada bueno de ellas. A veces juzgamos a los demás por un solo momento, un solo error o una imperfección visible. Sin embargo, hoy la Palabra de Dios nos habla de manera diferente. Jeremías nos presenta al alfarero que remodela pacientemente la arcilla, mientras que Jesús habla de la gran red que recoge toda clase de peces antes de que

llegue el momento de la separación definitiva. Dios no abandona precipitadamente ni juzga prematuramente. Su misericordia continúa moldeándonos, restaurándonos y reuniéndonos.

Al presentarnos ante este Dios paciente y misericordioso, reconozcamos las veces en que hemos juzgado duramente a los demás, nos hemos resistido a ser transformados por Él o hemos olvidado que cada persona permanece en las manos de Dios. Pidámosle misericordia y conversión de corazón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú reúnes a todos los hombres en la amplia red de Tu misericordia y nunca dejas de llamarnos para que volvamos a Ti. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú eres el divino Alfarero que pacientemente remodela lo que está roto y restaura lo que está herido. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, solo Tú juzgas con verdad, compasión y perfecta justicia cuando todas las cosas llegan a su plenitud. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios, que pacientemente nos forma en Sus manos, perdone nuestros juicios severos y restaure lo que el pecado ha dañado; que abra nuestros corazones a Su misericordia y nos conduzca a una vida renovada por la gracia; y que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que moldeas pacientemente a Tu pueblo como el alfarero modela la arcilla, enséñanos a confiar en Tu sabiduría misericordiosa, a no juzgar apresuradamente a los demás y a permanecer abiertos a la acción transformadora de Tu gracia.

Concédenos que, reunidos en el amplio abrazo de Tu Reino, perseveremos fielmente hasta el día en que reveles todas las cosas en la verdad y en el amor.

Por nuestro Señor Jesucristo, Tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

A lo largo de las orillas del mar de Galilea era una escena muy común: los pescadores arrastraban una gran red cargada de movimiento, llena de peces pequeños y grandes, valiosos e insignificantes según los criterios humanos, todos atrapados juntos en una sola recogida. Es precisamente a partir de esta escena cotidiana que Jesús habla del Reino de los Cielos. El Reino, dice Él, es semejante a esa red.

Nada queda excluido en el momento de recogerla. La red no discrimina; reúne. En esta imagen contemplamos el corazón mismo del ministerio de Jesús: amplio, acogedor, capaz de llegar a lugares que otros evitaban, abrazando a quienes eran considerados puros e impuros, dignos e indignos. La gracia de Dios, revelada en Cristo, no es un estrecho arroyo, sino una corriente caudalosa que atrae a todos hacia sí.

Sin embargo, Jesús no termina con la acción de reunir. También existe el momento tranquilo en la orilla, cuando los pescadores se sientan para separar lo que han recogido. Este discernimiento final no les pertenece por derecho propio ni por opinión personal, sino que es una tarea que corresponde en último término a Dios. Aquí se nos recuerda

que el juicio no nos corresponde ejercerlo prematuramente. Con frecuencia confundimos nuestra visión limitada con la claridad de Dios, olvidando que aquello que todavía está incompleto en los demás puede seguir siendo objeto de la obra transformadora de Dios.

La imagen del alfarero en Jeremías profundiza aún más esta verdad. La arcilla que se estropea en las manos del alfarero no es arrojada inmediatamente; es remodelada. Lo que parece un fracaso puede convertirse en una nueva posibilidad. Del mismo modo, las vidas que parecen rotas o incompletas siguen estando en las manos de Aquel que continúa formando, reformando y restaurando. Nadie está fuera del alcance de esa paciente labor.

Jesús también habla del discípulo que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas antiguas. La fe no consiste en rechazar lo que ha sido, sino en descubrir cómo Dios sigue sacando continuamente un significado nuevo de aquello que ya nos ha dado. Como Moisés ante la Tienda del Encuentro, reconocemos momentos de presencia divina que al mismo tiempo nos llenan de humildad y nos invitan a avanzar. Pero, a diferencia de Moisés, nosotros estamos llamados no a

alejarnos por temor, sino a acercarnos con confianza.

Por eso vivimos entre el reunir y el separar, entre la misericordia y la verdad, entre lo que ya es y lo que todavía está llegando a ser. Y se nos advierte con suavidad: no te apresures a sentarte como juez en una historia que aún se está desarrollando.

Una maestra de escuela contaba que durante años observó a sus alumnos y alumnas crecer y madurar. Más de una vez vio a niños considerados problemáticos convertirse en personas generosas y responsables. También vio a quienes parecían tenerlo todo resuelto enfrentarse a dificultades inesperadas. Con el tiempo comprendió una lección importante: nunca se debe sacar una conclusión definitiva sobre una persona mientras Dios sigue actuando en su vida. Lo que parecía evidente en un momento determinado cambiaba con frecuencia cuando se contemplaba la historia completa.

Así sucederá también con nosotros. La red ya ha sido lanzada ampliamente en Cristo y nosotros ya estamos dentro de su alcance. Pero la verdad definitiva de nuestras vidas no depende de nuestros juicios apresurados, sino de las manos

de Aquel que reúne, forma y finalmente discierne con perfecta justicia y misericordia infalible.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, puestos en las manos del Señor que pacientemente moldea y renueva a Su pueblo, se conviertan en un sacrificio agradable para nuestra salvación y para la salvación del mundo entero.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe estas ofrendas de Tu pueblo, al que continúas reuniendo y formando por medio de Tu gracia. Así como la arcilla es modelada en las manos del alfarero, que nuestras vidas sean transformadas mediante este sacrificio, para que crezcamos en misericordia, humildad y confianza en Tu sabiduría. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque Tú eres paciente y rico en misericordia, y nunca abandonas la obra de Tus manos.

Como el alfarero que remodela la arcilla, sigues formando a Tu pueblo por medio de la gracia, sanando lo que está herido y restaurando lo que el pecado ha quebrantado. En Tu Hijo, Jesucristo, has extendido ampliamente la red de la compasión divina, reuniendo a personas de toda nación y condición en la esperanza de Tu Reino.

Solo Tú conoces las profundidades de cada corazón, y solo Tú juzgas con perfecta justicia y amor infalible. Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los Coros y Potestades del cielo, cantamos el himno de Tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Reunidos en la amplia red de la misericordia de Dios y confiando en el Padre que continúa moldeando nuestras vidas con paciencia y amor, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente del orgullo que juzga duramente a los demás y se resiste a la acción de Tu gracia en nosotros.
Concédenos bondadosamente la paz en nuestros días,
para que, ayudados por Tu misericordia,
vivamos siempre libres de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú reúnes a los dispersos, restauras lo que está roto y conduces pacientemente a Tu pueblo

hacia la plenitud de la verdad.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de Tu Iglesia, y concédele, según Tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que nos reúne en la red de Su misericordia
y nos transforma por medio de Su amor.

Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, una vez más nos has tocado con Tu paciente misericordia. No nos descartas cuando fallamos, ni nos abandonas cuando todavía estamos incompletos.
Permanece con nosotros como el divino Alfarero de nuestras vidas. Enséñanos a confiar en Tus tiempos, a dejar el juicio en Tus manos y a convertirnos en instrumentos de misericordia en un mundo que se apresura a condenar.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Habiendo recibido el Sacramento de la salvación,
te rogamos humildemente, Señor,
que Tú, que continuamente reúnes y renuevas a Tu
pueblo, moldees nuestros corazones según la imagen de
Tu Hijo. Enséñanos a vivir con paciencia, humildad y
compasión, para que, confiando en Tu misericordia,
podamos un día alegrarnos en la plenitud de Tu Reino.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor, que los reúne en la red de Su misericordia,
los mantenga firmes en la esperanza y constantes en el
amor. Amén.

Que Aquel que moldea sus vidas como la arcilla en manos
del alfarero, sane lo que está roto y fortalezca todo lo
bueno que hay en ustedes. Amén.

Que Él les enseñe a confiar en Su juicio, a abstenerse de
condenar a los demás
y a caminar siempre con humildad y paz. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en la misericordia paciente de
Dios y siendo instrumentos de Su compasión en el mundo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Dios todavía está moldeando aquello que nosotros nos
sentimos tentados a juzgar demasiado pronto.”

31 de julio de 2026 – Viernes de la 17.ª Semana del

Tiempo Ordinario - San Ignacio de Loyola

Jer 26,1-9; Mt 13,54-58

INTRODUCCIÓN

Una pequeña ciudad costera se enorgullecía de que todos conocían la vida de todos. Cuando un famoso pianista de concierto regresó a su pueblo después de muchos años recorriendo el mundo, algunos vecinos se encogieron de hombros y dijeron: «¿No es ese el muchacho que practicaba escalas con la ventana abierta?». No podían reconciliar al niño común que recordaban con el extraordinario artista que el mundo entero aplaudía. La familiaridad, en su caso, había apagado su capacidad de asombro.

Algo parecido puede suceder en nuestra vida espiritual. Escuchamos el Evangelio tan a menudo, rezamos las mismas oraciones con tanta regularidad y venimos a este altar con tanta fidelidad, que podemos comenzar a pensar que ya lo sabemos todo acerca de Dios. Sin embargo, el Señor continúa sorprendiéndonos, desafiándonos e

invitándonos a una fe más profunda.

San Ignacio de Loyola nos enseña que las preguntas en sí mismas no son enemigas de la fe. Lo que importa es si nuestras preguntas son presentadas ante Dios con humildad y apertura, o si se convierten en muros que mantienen a Dios a distancia. Los habitantes de Nazaret cuestionaron a Jesús, pero sus corazones permanecieron cerrados.

Al reunirnos para esta Eucaristía, pidamos al Señor que nos libere de toda ceguera causada por la rutina, el orgullo o la excesiva familiaridad, y que abra nuestros corazones a Cristo vivo, presente en medio de nosotros.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, vienes a nosotros de maneras humildes y sencillas, pero con frecuencia no reconocemos tu presencia: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, nos invitas a buscarte con corazones confiados y discernientes, pero permitimos que la duda y la autosuficiencia nos cierren a tu gracia:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, continúas hablándonos por medio de tu palabra y de tus sacramentos, pero a veces escuchamos sin asombro ni expectativa: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios y Padre nuestro, que revelaste a tu Hijo al mundo en la humildad y la sencillez, y enseñaste a san Ignacio a buscarte y encontrarte en todas las cosas.

Concédenos no permitir nunca que la familiaridad debilite nuestra fe, sino que, con corazones capaces de discernir, reconozcamos a Cristo vivo y actuante entre nosotros cada día.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un médico que había trabajado durante años en hospitales de renombre regresó a su pueblo natal para ofrecer una charla sobre salud y prevención. Muchos acudieron agradecidos, pero algunos comentaban: «¿No es simplemente el hijo del panadero?». Estaban tan acostumbrados a verlo como aquel muchacho de siempre que no lograban apreciar en quién se había convertido. Creían conocerlo, pero en realidad no lo conocían.

Algo semejante sucede en el Evangelio de hoy. Jesús regresa a Nazaret, el lugar donde todos lo conocían como el hijo del carpintero. Al principio, la gente queda asombrada: «¿De dónde le vienen a este hombre esta sabiduría y esos poderes milagrosos?». Es una buena pregunta, una pregunta sincera. Podría haber abierto la puerta a la fe. Pero no lo hace. Más bien se convierte en una barrera: «Y se escandalizaban de él».

Su problema no era la ignorancia, sino la familiaridad sin apertura. No podían ver más allá de lo que creían saber. Así, la pregunta que podía haberlos llevado hacia Dios se

convirtió en una piedra de tropiezo en lugar de un escalón hacia la fe. Jesús, al igual que los profetas que lo precedieron —entre ellos Jeremías, a quien escuchamos en la primera lectura de hoy—, encuentra resistencia en su propia tierra en lugar de confianza.

La misma dinámica sigue viva en el corazón humano. Podemos formular buenas preguntas espirituales y, sin embargo, utilizarlas sutilmente para mantener a Dios a distancia. Podemos reducir a Cristo a algo cómodo y manejable, en lugar de permitirle ser quien realmente es: la presencia viva de Dios, que no puede quedar encerrada en nuestras categorías. El hilo conductor de la Palabra de hoy es este: las preguntas pueden abrirnos a Dios o cerrarnos a Él, según sean hechas desde la fe o desde la autosuficiencia.

San Ignacio diría que aquí es necesario el discernimiento. No todas las preguntas conducen en la misma dirección. Algunas, cuando se sostienen en la oración, profundizan la confianza y amplían nuestra visión. Otras, cuando se mantienen únicamente desde la sospecha, empequeñecen

el corazón. La fe no consiste en la ausencia de preguntas, sino en la disposición a permitir que Cristo purifique nuestra manera de preguntar.

Por eso, el Evangelio nos invita hoy a permitir que Cristo sea más que alguien “familiar”. No es simplemente una figura que creemos comprender completamente. Él sigue viniendo a nosotros de maneras que desafían nuestras expectativas, a menudo a través de lo ordinario, de lo que pasa desapercibido e incluso de aquello que nos resulta incómodo.

Una última historia nos ayuda a comprenderlo. Una anciana decía que había asistido a Misa durante décadas, pero que comenzó a creer de verdad cuando dejó de suponer que ya lo sabía todo sobre ella. Un día, mientras escuchaba las familiares palabras de la consagración, tomó conciencia repentinamente, no de algo nuevo que estuviera sucediendo, sino de algo que siempre había estado allí y que ella había pasado por alto: que Cristo estaba realmente presente, silenciosamente presente en aquello que se había vuelto rutinario. Ese momento no

cambió lo que sucedía en el altar; cambió lo que ella era capaz de ver. El Señor está siempre más cerca de lo que pensamos. La cuestión es si permitiremos que la familiaridad nos ciegue o que nos abra al misterio que está de pie en medio de nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestros corazones permanezcan abiertos al Señor que viene a nosotros en el pan y el vino ordinarios, y para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta estos dones que colocamos sobre tu altar y, por medio de esta ofrenda sagrada, líbranos de toda ceguera del corazón.

Enséñanos, como a san Ignacio, a reconocer tu presencia escondida en los momentos ordinarios de la vida, para que nuestra fe se profundice y nuestra confianza se fortalezca. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nunca dejas de atraer hacia ti a tu pueblo, muchas veces por caminos humildes e inesperados.

En tu Hijo Jesucristo, el carpintero de Nazaret, revelaste la plenitud de tu sabiduría y de tu amor.

Sin embargo, muchos no lo reconocieron porque miraban solamente con ojos humanos.

En san Ignacio de Loyola concediste a la Iglesia un servidor fiel, cuyo corazón buscador aprendió a discernir tu voz en todas las cosas.

Él enseñó a tu pueblo a buscarte con apertura y confianza, para que las preguntas no condujeran al miedo, sino a una fe más profunda.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: **Santo,**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con corazones confiados al Padre, que está siempre más cerca de nosotros de lo que imaginamos:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y libera nuestros corazones de la ceguera que nace del orgullo y de la rutina.

Concédenos la gracia de reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de la vida y mantenennos abiertos a las sorprendentes maneras en que tu Espíritu continúa actuando entre nosotros.

Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú fuiste rechazado en tu propio pueblo y, sin embargo, continuaste ofreciendo misericordia, paciencia y paz.

No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es Aquel que viene a nosotros con humildad y discreción, llamándonos a reconocer su presencia viva con corazones abiertos y confiados.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

¡Cuántas veces el Señor ha permanecido silenciosamente a nuestro lado mientras suponíamos que ya lo conocíamos!

En esta Eucaristía, Cristo vuelve a venir oculto en aquello

que parece ordinario.

La fe renace cada vez que la familiaridad deja paso al asombro, y cuando el corazón dice con humildad:

«Señor, ayúdame a verte con mayor claridad».

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con estos santos misterios,

te pedimos, Señor, que profundices en nosotros el don de una fe capaz de discernir.

Que esta Eucaristía abra nuestros ojos para reconocer a Cristo presente en nuestra vida cotidiana, y nos fortalezca para seguirlo con corazones generosos y confiados, siguiendo el ejemplo de san Ignacio.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor abra sus corazones para reconocer su presencia en los momentos ordinarios de la vida. Amén.

Que profundice en ustedes la gracia del discernimiento, para que sus preguntas los conduzcan siempre más cerca de Él. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.

Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer su presencia en todas las cosas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La familiaridad puede hacernos pasar por alto lo que es más sagrado.

La fe comienza de nuevo cuando dejamos de suponer que ya conocemos a Cristo y nos permitimos encontrarlo una vez más como si fuera la primera vez.

**1 de agosto de 2026 – Sábado de la 17.ª Semana del
Tiempo Ordinario - San Alfonso María de Liguorio**

Jer 26,11-16.24; Mt 14,1-12

INTRODUCCIÓN

Un director de escuela ya jubilado contó una vez la historia de un alumno al que habían acusado injustamente de haber cometido actos de vandalismo. El camino más fácil habría sido permitir que aquel muchacho tranquilo aceptara el castigo y seguir adelante. Pero una maestra salió en su defensa, aunque eso significara enfrentarse a padres influyentes y soportar críticas de algunos compañeros. “Le costó popularidad”, decía el director, “pero le devolvió al muchacho su dignidad”. Años más tarde, aquel estudiante regresó convertido en un abogado exitoso y dijo: “El valor de una sola persona me enseñó a no traicionar nunca la verdad”.

La verdad muchas veces nos pide algo que cuesta. Es fácil hablar con sinceridad cuando no hay ningún riesgo. Pero cuando la verdad amenaza nuestra comodidad, nuestra reputación o nuestra aceptación ante los demás, el miedo puede ir silenciando poco a poco la voz de la conciencia.

Hoy Jeremías, Juan el Bautista y san Alfonso María de Liguorio nos recuerdan que la fidelidad a Dios no se mide por la comodidad, sino por el valor. Sus vidas nos muestran que el Espíritu de Dios concede verdadera libertad a quienes permanecen firmes en la verdad, incluso en medio de la presión.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos los momentos en que hemos cedido con demasiada facilidad, hemos permanecido en silencio cuando la verdad necesitaba ser defendida o hemos escogido la comodidad antes que la conciencia. Pidamos al Señor misericordia y libertad de corazón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú eres el testigo fiel que proclamó la verdad sin temor y permaneció firme en la voluntad del Padre:

Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos liberas de las cadenas del miedo, de las concesiones indebidas y de la búsqueda de la aprobación humana por la fuerza de tu Espíritu:

Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú fortaleces a los débiles y das valentía a todos los que buscan seguir la verdad con integridad y amor: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que concediste a san Alfonso María de Liguori sabiduría y caridad pastoral para guiar a tu pueblo en la verdad y en la misericordia, concédenos la gracia de seguir la voz de la conciencia formada por tu Espíritu, para que, permaneciendo firmes en la fe y en la integridad, sigamos siendo fieles a tu voluntad en medio de las presiones y los compromisos de este mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un ingeniero encargado de supervisar una obra pública se negó a aprobar un edificio recién construido cuando descubrió que se habían utilizado materiales de calidad inferior. Su superior le recordó que “firmar la aprobación era solo una formalidad” y que cualquier retraso perjudicaría contratos y reputaciones. Cuando insistió en negarse, fue apartado de su cargo y reemplazado. El edificio finalmente fue inaugurado, pero años después necesitó extensas reparaciones cuando salieron a la luz graves problemas de seguridad. Su silenciosa negativa tuvo un precio alto, pero fue la decisión correcta.

Esa tensión entre la verdad y la presión atraviesa las lecturas de hoy. Jeremías es amenazado de muerte por proclamar la palabra de Dios, pero se niega a suavizarla o retirarla. Juan el Bautista, en el Evangelio, se encuentra en

una situación semejante. Dice la verdad a Herodes, no para provocarlo, sino porque su fidelidad a la ley de Dios no le deja otra opción. Y por esa fidelidad es encarcelado y finalmente ejecutado.

El propio Herodes encarna la tragedia de una conciencia dividida. No carece de comprensión; sabe que Juan es un hombre justo. Sin embargo, está atrapado por el orgullo, la imagen pública y un juramento imprudente hecho en un momento de debilidad. Aquello que no logra gobernar dentro de sí mismo —el miedo a perder prestigio— termina gobernando sus acciones. En contraste, Juan no posee ningún poder político, pero tiene autoridad moral. Uno está esclavizado por las apariencias; el otro es libre en la verdad.

El Evangelio revela discretamente un modelo que alcanzará su plenitud en Jesús mismo: el profeta que anuncia la palabra de Dios se convierte en aquel que es rechazado por sistemas que prefieren la comodidad a la conversión. El sufrimiento del inocente aparece una y otra vez en la historia de la salvación, no porque Dios lo quiera, sino porque la libertad humana puede resistirse a la luz.

Sin embargo, ni Jeremías ni Juan se definen por haber sido

víctimas. Se definen por su fidelidad. Sus vidas se convierten en lugares donde la verdad es proclamada sin concesiones, incluso cuando el precio es elevado. Y en esa fidelidad señalan ya a Cristo, cuyo amor transforma incluso el sufrimiento injusto en perdón y vida.

También hay una pregunta más silenciosa que llega hasta nosotros: ¿dónde nos situamos cuando la verdad tiene un costo? No solo en los grandes momentos, sino en los ordinarios: cuando la honestidad resulta incómoda, cuando callar parece más fácil, cuando pequeñas concesiones se van acumulando. El Evangelio no comienza acusándonos; comienza revelándonos algo. Y lo que revela es nuestra necesidad de libertad en el Espíritu.

Aquí es donde san Alfonso María de Liguori, a quien recordamos hoy, nos habla con una claridad serena: la conciencia debe ser formada, no manipulada; la verdad debe ser seguida, no negociada ni abandonada. Su enseñanza recoge el mismo hilo conductor que atraviesa la vida de Jeremías y de Juan: la dignidad silenciosa pero inquebrantable de una conciencia arraigada en Dios.

Y, sin embargo, la verdad más profunda de este día no es

simplemente el valor humano, sino la fidelidad divina. Aquel a quien Juan anuncia no abandona a quienes sufren por la verdad. Él mismo entra en ese sufrimiento y, desde dentro de él, revela que el amor es más fuerte que el miedo y que el perdón es más fuerte que la violencia.

Una historia de la Europa de tiempos de guerra cuenta que un prisionero en Auschwitz se ofreció voluntariamente para ocupar el lugar de otro hombre condenado a muerte. No era poderoso ni influyente, pero se negó a permitir que el odio tuviera la última palabra. Mientras era conducido hacia su destino, rezaba en silencio por quienes lo rodeaban. Muchos de los que presenciaron aquel gesto afirmaron después que vieron algo que no podían explicar: una libertad que ninguna prisión podía contener.

Ese es el misterio que la Palabra de Dios nos presenta hoy: la verdad puede ser rechazada, pero nunca extinguida. Y dondequiera que se viva, incluso a un gran costo, se convierte en una señal de que el Espíritu de Dios sigue actuando en el mundo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que nuestro sacrificio, ofrecido con corazones sinceros y fieles a la verdad, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que estas ofrendas que presentamos ante ti, Señor, se conviertan para nosotros en signo de corazones hechos fieles y libres por tu Espíritu, para que, siguiendo el ejemplo de san Alfonso y de todos tus santos testigos, permanezcamos firmes en la verdad y en la caridad en medio de las pruebas de este mundo pasajero. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque en cada época suscitas servidores fieles que anuncian tu verdad con valentía y amor.

En Jeremías revelaste que tu palabra no puede ser silenciada por el miedo; en Juan el Bautista mostraste la libertad de una conciencia anclada en la justicia; y en san Alfonso enseñaste a tu Iglesia que la verdad y la misericordia forman parte de tu plan de salvación.

Por medio de su testimonio fortaleces a tu pueblo peregrino para resistir las presiones de la concesión fácil y caminar en la libertad de tu Espíritu.

Porque tu Hijo, Jesucristo, entró en el sufrimiento y en el rechazo humanos y los transformó por su obediencia y su amor, de modo que ningún acto de fidelidad ofrecido con fe se pierde jamás delante de ti.

Y por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y formados por la libertad del Espíritu de Dios, nos atrevemos a orar pidiendo la valentía de vivir como hijos e hijas de la verdad:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor, y especialmente del miedo que debilita la conciencia y de las concesiones que nos alejan de tu verdad.

Concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, vivamos siempre libres del pecado y protegidos de toda perturbación, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor. Amén.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
tú permaneciste fiel a la verdad
incluso cuando afrontaste el rechazo y el sufrimiento.
No tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que permaneció fiel hasta la muerte
y cuya verdad nos hace libres.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

La verdad suele ser silenciosa.
No siempre triunfa de manera visible o inmediata.
Jeremías estuvo casi solo.
Juan el Bautista murió en silencio tras los muros de una
prisión.
Y, sin embargo, ninguna de esas vidas fue inútil,
porque ambas pertenecían a Dios.
En esta Eucaristía, Cristo nos da no solo la fuerza para
perseverar, sino también la libertad para vivir con
integridad.
El Espíritu que recibimos hoy es más fuerte que el miedo,
más fuerte que la presión,
más fuerte incluso que el sufrimiento.
Porque allí donde la verdad se vive con amor,
el Reino de Dios ya está presente.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Oh Dios, que nos has alimentado con el Pan de la vida,
concédenos que,
fortalecidos por estos santos misterios,
permanezcamos fieles a tu verdad
con valentía, humildad y caridad,
y así lleguemos a ser testigos vivos
de la libertad que procede de tu Espíritu.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor fortalezca sus corazones
para mantenerse firmes en la verdad cuando resulte difícil,
para seguir la voz de la conciencia con valentía,
y para caminar siempre en la libertad de su Espíritu.
Y que la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con una vida de
integridad, valentía y verdad.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

La verdad puede tener un precio, pero las concesiones
indebidas cuestan mucho más.

Una conciencia arraigada en Dios permanece libre, incluso
en medio de la presión.